

La guerra entre Rusia y Ucrania desde el realismo neoclásico

Antonio Sánchez Ortega¹

Recibido: 25-10-2022 // Aprobado: 10-04-2023

Resumen. Las relaciones entre Ucrania y Rusia pueden ser explicadas desde el paradigma realista de las relaciones internacionales. Ahora bien, lo cierto es que en un análisis de la política exterior de Rusia se puede observar cómo no siempre ha reaccionado de la misma forma ante los cambios estructurales que afectan a sus relaciones con Ucrania. Por tanto, desde este trabajo se analizarán las relaciones entre ambos Estados y su actual situación de guerra según los postulados del realismo neoclásico, puesto que ofrece un marco teórico mucho más adecuado para entender cómo las cuestiones internas de la política rusa condicionan las respuestas ante los imperativos sistémicos, a la vez que nos ofrece una base consistente sobre la que identificar futuras tendencias.

Palabras clave: Rusia; Ucrania; realismo neoclásico; relaciones internacionales; orden internacional.

[en] Russian-Ukrainian war from neoclassical realism

Abstract. Relations between Ukraine and Russia can be analysed from the realist paradigm of International Relations. However, Russia's foreign policy has not always reacted similarly to the structural stimuli affecting its relations with Ukraine. Therefore, this paper will analyse the relations between the two states and their current war according to the postulates of neoclassical realism. We believe it offers a much more adequate theoretical framework for understanding how Russia's domestic political issues affected its responses to systemic imperatives, while also providing a consistent base for identifying future trends.

Keywords: Russia; Ukraine; Neoclassical Realism; International Relations; International Order.

Sumario. 1. Introducción. 2. Marco teórico. 3. Rusia y Ucrania. Una colisión inevitable. 4. Análisis prospectivo de la guerra de Ucrania y sus implicaciones sistémicas. 5. Conclusiones. 6. Bibliografía.

Como citar: Sánchez Ortega, A. (2023). La guerra entre Rusia y Ucrania desde el realismo neoclásico. *Polít. Soc. (Madr.)* 60(3), 84419. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.84419>

1. Introducción

La desaparición de la Unión Soviética (URSS) conllevó una modificación de las fronteras internacionales similares a las del desmantelamiento del Imperio otomano. Al igual que los acontecimientos de aquel periodo nos siguen acompañando hoy en día, todo parece indicar que los conflictos surgidos en el espacio postsoviético se proyectarán en el futuro y condicionarán por décadas el panorama internacional, trayendo además de nuevo el espectro de la guerra interestatal y la amenaza nuclear a la primera plana de la seguridad internacional.

Para entender el por qué es necesario analizar dos fenómenos derivados de la disolución de la URSS. En primer lugar, y por primera vez, el espacio ocupado por Rusia durante siglos se mostraba abierto a la penetración de los intereses extranjeros. Además, la configuración geográfica de dicho proceso y la aparición de quince nuevos países dejaba a Rusia atrapada tras una sucesión de Estados tapón que la alejaban de sus tradicionales ámbitos de expansión; algo que hubiese sido del agrado del propio Metternich. En segundo lugar, el fin de la URSS implicó a su vez la práctica desaparición del orden internacional revolucionario que había defendido el coloso soviético y que había regido una parte importante del sistema internacional. Por ello, a la merma del territorio y su arrinconamiento geopolítico, se le unía la pérdida de su capacidad en el liderazgo internacional. Por tanto, la “mayor catástrofe

¹ Universidad de Granada
ORCID: 0000-0003-0984-0965
E-mail: santega@ugr.es

geopolítica del siglo xx” (Putin, 2005) resultó en una de las alteraciones más bruscas e inesperadas de la estructura de poder internacional.

Partiendo de los postulados del realismo ofensivo de Mearsheimer (2014)², estas circunstancias no fueron desaprovechadas por Occidente y especialmente por Estados Unidos (EE.UU.), que vio la oportunidad de incrementar su poder a expensas de su anterior rival en una clara apuesta por la hegemonía, y ello a pesar de que la existencia de un hegemon global es altamente improbable (Mearsheimer, 2001: 34). Para ello, EE.UU. trató de impulsar una nueva concepción de orden internacional que sirviese mejor a sus intereses y le permitiese extender su influencia a lugares antes vedados. El orden liberal al final de la Guerra Fría adquiere una voluntad transformadora internacional que busca la extensión de los valores liberales —librecambismo capitalista y democracia— como modelo de organización de los Estados a nivel interno (Sánchez, 2022).

Esta extensión del orden liberal ha tenido consecuencias muy negativas para Rusia, especialmente en el ámbito europeo. En primer lugar, en la medida que dicha extensión se ha realizado a través de organizaciones occidentales como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y la Unión Europea (UE), ha supuesto un desplazamiento de su influencia en su tradicional área de interés a favor de otros actores. Pero además, su proximidad supone un peligro considerado como existencial por el Gobierno ruso. La OTAN es una alianza militar creada para contener a Rusia, mientras que la UE es una organización de integración política que tiene como elementos característicos la democracia, el estado de derecho y el progreso y bienestar económico de sus sociedades, lo que supone un duro ejemplo para un sistema de gobierno autoritario y corrupto. El resultado de la expansión de Occidente hacia las fronteras rusas es la negación de su condición de potencia y una amenaza tanto para su seguridad como para la legitimidad de su forma de gobierno.

A pesar de ello, la actitud de Rusia no ha sido siempre de oposición hacia Occidente y las ampliaciones de sus organizaciones internacionales, existiendo durante destacados momentos históricos una cierta aquiescencia con dichos procesos y un buen entendimiento con Occidente. Ahora bien, especialmente desde la vuelta de Putin a la presidencia de Rusia en 2012, las relaciones entre este país y Occidente se deterioraron progresivamente hasta llegar a la situación de ruptura actual. Para entender la actual guerra de Ucrania es necesario analizar cómo el progresivo cambio en la estructura de poder internacional ha afectado de manera determinante a los intereses de Rusia. Pero, para explicar el cambio de actitud de Rusia hacia Occidente y su postura cada vez más asertiva, así como, especialmente, los tiempos de actuación en el conflicto de Ucrania, es necesario introducir en el análisis cuestiones internas de Rusia.

Es por ello que este trabajo tiene como marco analítico el realismo neoclásico ya que, a nuestro juicio, es la aportación más interesante para explicar cómo los cambios en la estructura de poder internacional pueden producir respuestas dispares por parte de diferentes, e incluso, del mismo Estado. Es, por tanto, su vertiente de teoría de política exterior la que nos permitirá analizar el conflicto de Ucrania, pero también, la que permitirá poder inferir algunas cuestiones sobre sus consecuencias en la estructura internacional.

2. Marco teórico

Aunque pueda ser cuestionado, no se puede argüir como descabellado tratar de explicar la actual guerra de Ucrania desde postulados realistas, más bien todo lo contrario, si se tiene en cuenta además el predicamento que el realismo tiene entre los académicos y políticos rusos (Morales, 2019; Romanova y Pavlova, 2012). Las consecuencias de la anarquía internacional, el egoísmo, la concepción antropológica pesimista del ser humano y la lucha por el poder mediante el uso del poder duro son elementos definitorios de la crisis. A pesar de la globalización, los grandes avances científico-técnicos, sociales, políticos y económicos, nuevamente estamos presenciando una guerra interestatal clásica y que, a pesar de sus modos, sería plenamente reconocible en su forma y motivaciones por Tucídides.

Sin duda, el realismo estructural y más concretamente el realismo ofensivo ofrecen un buen marco teórico donde encuadrar el conflicto de Ucrania como proceso internacional. Sin caer en la retórica rusa, es fácil observar cómo desde la desaparición de la URSS se ha producido una expansión de Occidente como polo de poder hacia la antigua área de influencia de Rusia (Mearsheimer, 2014; Mearsheimer, 2019). Las tensiones generadas por la resistencia de esta a verse privada de uno de los elementos fundamentales para seguir siendo una gran potencia y que pueden incluso poner en peligro su soberanía, o por lo menos la continuidad de su régimen, han tenido durante años a muchas de las antiguas exrepúblicas soviéticas, pero especialmente a Ucrania, como frente político, hoy militar, en esta lucha de poder.

Ahora bien, para entender la modulación de Rusia en su respuesta e incluso la misma decisión adoptada de invadir Ucrania, debemos introducir lo que el padre del neorealismo denominaba despectivamente como teorías reduccionistas (Waltz, 1979: 64), esto es “la tendencia a explicar el conjunto con referencias a los atri-

² Resulta cuando menos curiosa la postura de Mearsheimer en el conflicto de Ucrania. Mientras que la actuación de EE.UU. con respecto a Rusia es perfectamente explicada y predicha en su teoría realista ofensiva, a la misma vez acusa a Occidente de ser el mayor responsable del conflicto que se inicia en Ucrania en 2014. Es por tanto paradójico que acuse a la gran potencia de comportarse como él afirma que estas se ven obligadas a actuar (Smith y Dawson, 2022: 7).

butos internos y el comportamiento individual de las unidades” (Lobell *et al.*, 2009: 13). En efecto, el realismo estructural tiene como gran virtud la de ofrecer una explicación del funcionamiento del sistema internacional en su conjunto (Moure, 2015: 82), pero como bien ha quedado de manifiesto, tiene importantes limitaciones a la hora de explicar por qué a pesar de los existir los mismos imperativos sistémicos —entendidos como todas aquellas circunstancias que pueden alterar la estructura (distribución) de poder internacional, ya sea como una oportunidad o amenaza y que por tanto deben provocar una reacción—, los Estados pueden actuar de manera diferente o, a juicio de los realistas estructurales, de manera no racional o subóptima (Ripsman *et al.*, 2016).

Antes de comenzar a abordar los elementos que nos hacen decantarnos por el realismo neoclásico como marco teórico, sería necesario indicar que no existe un consenso a la hora de encuadrarlo como una corriente dentro del neorrealismo o como una nueva aproximación. Si bien podría serlo por una mera cuestión temporal, en sus razonamientos se aleja de los fundamentos del mismo —teorías reduccionistas—. Adoptando un punto de vista ecléctico, usaremos realismo estructural para referirnos a todas aquellas corrientes que se centran en la estructura del sistema internacional como elemento explicativo, sin analizar cuestiones de política interna, frente al realismo neoclásico. Esto es así puesto que este, aunque al igual que el realismo estructural entiende que el medio internacional y la estructura del mismo son los elementos principales a la hora de explicar la actuación del Estado, no comparte que los Estados vayan a responder siempre igual, sino que defienden que su comportamiento depende también de una serie de factores internos. Ahí coinciden con los realistas clásicos, que modularán su respuesta.

Por tanto, esta aproximación trata de combinar los aspectos más interesantes del realismo clásico y del realismo estructural en su metodología (Götz, 2021) para una mejor comprensión de la política internacional añadiendo otro nivel de análisis (Mijares, 2015: 593). Así, los realistas neoclásicos incorporan variables internas y externas, defendiendo que el alcance y ambición de un Estado en el medio internacional se deriva primero y principalmente del lugar que ocupa en el mismo y especialmente de su poder. Pero, y aquí es donde difieren de los neorrealistas, el impacto de su poder en la acción exterior es indirecto y complejo puesto que las presiones que ejerce el medio internacional pueden verse afectadas por variables de carácter interno (Gideon, 1998: 46). Según los realistas neoclásicos, los Estados, para hacer frente a las consecuencias de la incertidumbre provocada por la anarquía internacional, tratarán de controlar y modificar su medio exterior de acuerdo con sus objetivos y preferencias. “La predicción empírica central del realismo neoclásico es (...) que a largo plazo, la cantidad relativa de recursos de poder material que poseen los países configurará la magnitud y la ambición (...) de su política exterior: a medida que aumente su poder relativo, los Estados buscarán más influencia en el exterior y a medida que decaiga, sus acciones y ambiciones se reducirán”. El problema que se plantea es que para ellos la anarquía internacional “no es ni hobbesiana ni benigna, sino más bien turbia y difícil de leer” por lo que, además del poder relativo del Estado dentro del sistema internacional, las percepciones de los líderes políticos y las características de la política interna afectan a la comprensión y a las respuestas a los imperativos sistémicos (Gideon, 1998: 152).

Ahora bien, lo que conocemos como realismo neoclásico dista mucho de ser una única aproximación teórica. En uno de los mejores intentos por sistematizarla y desarrollarla se han identificado tres tipos de realismo neoclásico (Ripsman *et al.*, 2016). El tipo I trata de explicar las anomalías en las respuestas de los Estados ante claros imperativos sistémicos. Para ello se basan en los problemas derivados de la percepción imperfecta de la realidad de los líderes políticos y condicionantes derivados de la política interna. Por su parte, el tipo II tiene como objetivo ser una teoría de política exterior. Esto es, no solo pretende explicar dichas anomalías, sino que entiende que, en circunstancias en las que los Estados no se enfrentan a decisiones de vida o muerte, podrán adoptar diferentes cursos de acción ante imperativos sistémicos. En estas decisiones, la visión de los líderes, la cultura estratégica y los equilibrios políticos internos y otros imperativos políticos internos serán lo que nos permitan entender la decisión adoptada, por lo que ambos tipos refuerzan el poder explicativo del realismo estructural ya que pueden “explicar las variaciones en la política exterior de un Estado a lo largo del tiempo o de diferentes Estados haciendo frente a similares imperativos externos”. No es, por tanto, una teoría del funcionamiento del sistema internacional, sino, más bien, de política exterior, ya que trata de explicar cómo será la actuación “de un Estado en particular ante los imperativos del sistema internacional”, pero sin explicar el resultado de esas acciones sobre el sistema (Lobell *et al.*, 2009: 20).

Es por ello que estas aproximaciones han sido muy criticadas (Waltz, 1996) ya que se alejan de lo que debe ser una teoría de relaciones internacionales, eliminando su capacidad de predecir el comportamiento del sistema para convertirse en teorías de política exterior sin capacidad para explicar cómo la actuación de los Estados y sus interacciones condicionan el medio, siendo consideradas, más que teorías, instrumentos explicativos *a posteriori* del comportamiento de los Estados (Smith, 2018: 746). También han sido criticadas por la inclusión de un número elevado, e interno, de variables (Waltz, 1996: 57), pero además porque estas no son sistematizadas, resultando en una cuestión *ad hoc* su inclusión en los análisis, por lo que niega su carácter científico (Walt, 2002: 211). Todos estos elementos han provocado incluso que llegue a dudarse de que el realismo neoclásico pertenezca a la tradición realista —acercándola al liberalismo o incluso al constructivismo— (Ripsman, 2017: 11; Narizny, 2017) o más bien a la neorrealista, puesto que las cuestiones internas sí han formado parte del realismo clásico (Meibauer, 2020: 6).

En un claro intento por superar estas críticas, tratando de convertirse en una suerte de teoría del todo y satisfaciendo con ello las aspiraciones de Waltz de “proporcionar una teoría única capaz de explicar el comportamiento de los Estados, sus interacciones y resultados internacionales”, esto es, “una teoría unificada de las relaciones políticas internas y externas” (Waltz, 1996: 57), encontramos una de las aportaciones, a nuestro juicio, más relevantes no solo dentro del realismo sino también de las teorías de las relaciones internacionales y que jalona el desarrollo teórico del realismo junto con las obras de Morgenthau, Waltz y Mearsheimer. Nos estamos refiriendo a la aparición del tipo III del realismo neoclásico desarrollado por los profesores Ripsman, Taliaferro y Lobbell (Ripsman *et al.*, 2016). A diferencia de las otras visiones neoclásicas, pretende ser una teoría propia y diferenciada del realismo estructural que, por un lado y al igual que los tipos I y II, corrija algunas deficiencias identificadas en el realismo estructural pero que además explique el comportamiento de los Estados ante los imperativos sistémicos, la política exterior y, en última instancia y aquí su novedad, la estructura internacional. Esta es el resultado de imperativos sistémicos —donde coinciden con los realistas estructurales—, pero también y en gran medida de las estrategias seguidas en el largo plazo —gran estrategia— por las grandes potencias que tratarán de dar respuestas a esos imperativos pero según sus propios condicionantes internos (Ripsman *et al.*, 2016; Kitchen, 2010).

Así, mientras que el realismo estructural sitúa los imperativos sistémicos y más concretamente los cambios en la estructura de poder como el elemento principal de su análisis -o si se prefiere variable independiente- ya que son estos los que van a explicar la actuación de los estados -variable dependiente-, pero con la tendencia a verla como un automatismo, los realistas neoclásicos entienden que existen una serie de cuestiones que van a influir en dicho proceso (Ripsman *et al.*, 2016). En primer lugar destacan los problemas que los imperativos sistémicos presentan en cuanto a su digestión por los estados, clasificándolos como percepción y percepción errónea; la claridad de las señales; los problemas de racionalidad y la necesidad de movilizar recursos estatales. Esto es, dudan de que los imperativos sistémicos sean siempre bien entendidos o entendibles, de la racionalidad de los líderes y también de la capacidad de los decisores para desarrollar el *poder estatal* (Zakaria, 2012; Taliaferro, 2006) necesario para responder. Además entienden, en una simbiosis de los postulados de los realistas defensivos y ofensivos, que el medio internacional puede ser restrictivo o permisivo —dependiendo de la inmediatez y gravedad de las amenazas y oportunidades—, y que existen una serie de *modificadores estructurales* —geografía, tecnología, armas nucleares y otros— que pueden alterar el efecto de los imperativos sistémicos. En segundo lugar, y frente a las acusaciones del uso de variables *ad hoc* en su análisis, introducen las variables intervinientes que son las que explican la correlación entre las otras dos variables. Estos factores serían, la percepción del o de los líderes, la cultura estratégica, las relaciones entre el Estado y la sociedad y el papel de las instituciones domésticas.

El objetivo de esta investigación será analizar la evolución de las relaciones entre Rusia y Ucrania y la actual guerra entre ambos Estados usando los postulados del realismo neoclásico. En este sentido, la evolución política internacional de Ucrania desde su independencia hasta el día de hoy será tratada como parte de los cambios en la estructura de poder y como un imperativo sistémico para Rusia. En cambio, las acciones de Rusia serán analizadas teniendo en cuenta las variables intervinientes que nos permitan explicar sus diferentes respuestas a lo largo del tiempo a la vez que la oportunidad de las mismas. Por último, analizaremos cómo los imperativos sistémicos se pueden ver afectados por las variables intervinientes rusas para hacer realizar alguna inferencia sobre la evolución de la actual guerra.

3. Rusia y Ucrania. Una colisión inevitable

3.1. Desde la independencia de Ucrania hasta el Euromaidán

A lo largo de la historia, Ucrania ha sido un territorio con una importancia nuclear para Rusia, además de la república que nunca pensaron perder (Rywkin, 2003: 6). De hecho, es muy difícil desglosar la historia de Rusia y Ucrania hasta épocas muy recientes. La Rus de Kiev, como se conocía a Rusia en la edad media, apareció en la actual Ucrania, quedando desde entonces ligada, de una u otra forma, a Rusia. Pero además de su pasado y de los componentes étnicos, lingüísticos y de credo, existen otros elementos de proximidad entre ellas. Así, casi un cuarto de la población ucraniana es de origen ruso, lo que a diferencia de otras exrepúblicas durante mucho tiempo no supuso un motivo de conflictos (Pirani, 2007). El ruso es el segundo idioma en Ucrania, e incluso después de los acontecimientos de 2014, han existido importantes relaciones comerciales y otros vínculos económicos (CIA, 2022), aunque también existían elementos de fricción derivados del Holodomor y otras cuestiones históricas y territoriales.

A la hora de analizar las relaciones entre las dos naciones se puede trazar una línea divisoria a partir de 2014. Antes de esa fecha estas habían basculado entre el acercamiento y el distanciamiento de las relaciones políticas. Los elementos de fricción habían girado en torno a tres factores principales. El primero y más importante, puesto que iba a condicionar la evolución de los otros dos, era el alineamiento político entre Occidente o Rusia de los Gobiernos de Kiev (Sánchez, 2014: 93). Así durante los primeros años, con las presidencias

de Leonid Kravchuk y Leonid Kuchmá, Ucrania había tratado de mantener una postura ecléctica entre ambos polos. Buscaba, por un lado, incrementar sus relaciones comerciales con Occidente y reforzar su independencia como Estado. Estos dos elementos le llevarían a chocar periódicamente con Moscú, puesto que tanto en los aspectos económicos como en los políticos, culturales y sociales, implicaban un distanciamiento de Rusia.

Estos difíciles equilibrios del primer periodo terminaron bruscamente con lo que se conoció como Revolución Naranja, que se desencadenó por el fraude electoral en las elecciones presidenciales de 2004 y culminó en enero de 2005 con la elección del prooccidental Víktor Yushchenko. Esta polarización de la política ucraniana fue el resultado del importante desencanto de una gran masa social con la corrupción imperante y que veía en la aproximación a Occidente un remedio a los problemas del país, frente a otra parte de la población más cercana a Rusia (Bugajski *et al.*, 2008: 9). Esta decisión además coincidía con una distribución territorial entre el occidente y el oriente ucraniano (Katchanovski, 2006). Sin duda, esto supuso el mayor cambio en la política ucraniana respecto a su vecino. Si hasta entonces se había buscado mantener cierta autonomía e independencia respecto de Rusia, el Gobierno surgido tras la Revolución Naranja optó por una política más desafiante con Moscú, planteando incluso la incorporación de Ucrania a la OTAN y a la UE.

En 2010 la situación cambiaría de nuevo con la elección del prorruso Víktor Yanukóvich y el *wende* de la política ucraniana hacia Rusia, puesto que gran parte de la población no entendía que el acercamiento a Occidente tuviese que realizarse forzosamente a costa del distanciamiento con Moscú (Taras, 2010: 9), mientras que las medidas de presión que Moscú aplicó durante estos años rindieron sus frutos (Sánchez, 2014). El nuevo entendimiento político se plasmó en una renuncia de Kiev a unirse a la OTAN, la renovación hasta 2042 del arrendamiento de la base naval de Sebastopol y una nueva ley sobre el estatuto del idioma ruso (Tsygankov, 2015).

Los otros dos elementos de fricción entre Rusia y Ucrania y que evolucionaron al son de las relaciones políticas estuvieron relacionados con las cuestiones territoriales, principalmente la península de Crimea —cuya cesión en 1954 a Ucrania fue declarada ilegal por el legislativo ruso en 1992— y su importante base de la flota rusa en Sebastopol, por la cuenca del Donbás, así como en el estrecho de Kerch, el mar de Azov y la isla de Tuzla (Massansalvador, 2005: 173). También por cuestiones económicas derivadas de los impagos de Ucrania del gas ruso consumido y por los intentos de Rusia de hacerse con el control de importantes activos económicos ucranianos, especialmente de sus ductos.

Ahora bien, a pesar de las importantes crisis que se produjeron, especialmente con la Revolución Naranja y las guerras del gas de 2006 y 2009, la actitud de Rusia distó mucho de lo que hemos visto desde 2014 hasta la actualidad. Como es bien conocido, en noviembre de 2013 estalló una importante crisis en Ucrania que supondría una profunda alteración de las relaciones entre ambas. La crisis tuvo como detonante la negativa del presidente Yanukóvich a firmar el Acuerdo de Asociación entre la UE y Ucrania, apostando, en su lugar, por la integración del país en la Comunidad Económica Euroasiática, una unión aduanera impulsada por Rusia. Esta decisión motivó una serie de protestas cuyo epicentro tuvieron lugar en la plaza Maidán de Kiev y que fueron reprimidas ferozmente por parte del Gobierno. Ante la escalada de la violencia, el 21 de febrero de 2014 con la intermediación de la UE y de Rusia se llegó a un acuerdo entre el Gobierno y la oposición, pero antes de que pudiese aplicarse el presidente Yanukóvich abandonó el país temiendo por su propia seguridad.

Desde el comienzo de la crisis de Ucrania no hubo dudas de que, además de responder a un problema interno del país, el conflicto tenía una destacada dimensión internacional. La crisis estalló por una cuestión de política exterior que iba a determinar la alineación del país con la UE o con Rusia. Esto quedó de manifiesto durante las protestas en las que EE.UU. y la UE alentaron a la oposición, mientras que Moscú trataba de sostener en el poder a Yanukóvich (Nalbandov, 2018: 218; Charap, *et al.*, 2014). Rusia llevó a cabo una serie de acciones de una contundencia inusitada. La primera fue la anexión de Crimea mediante una operación militar poco convencional y un posterior referéndum de autodeterminación. La segunda, apoyando —o más bien creando— un conflicto interno en la zona más oriental de Ucrania (Remiro, 2018).

Los postulados del realismo neoclásico nos pueden ser de extrema utilidad a la hora de explicar el cambio tan importante en la política rusa. Lo primero a destacar sería que este tipo de actuación responde a la premisa básica e inicial de este paradigma según la cual la cantidad relativa de recursos de poder material que poseen los países configurará la magnitud y la ambición de su política exterior. En este sentido las ambiciones de Rusia en Ucrania, pero también en todo su *extranjero cercano*, se han incrementado como consecuencia de los cambios operados en Rusia a nivel interno. Así, la llegada al poder de Vladimir Putin permitió un reforzamiento del poder central que pudo aumentar de manera significativa la capacidad de extraer recursos de poder material de su sociedad, lo que fue posible gracias a la toma del control de sector energético y a los altos precios de los hidrocarburos, lo que favoreció una mayor presencia internacional de Rusia. El incremento de sus ambiciones en Ucrania y la escalada en la injerencia en los asuntos internos y los medios de presión utilizados están directamente conectados con ese proceso.

Ahora bien, lo que acabamos de decir sería el resultado. Lo más relevante sería discernir los elementos que explicarían las decisiones adoptadas. En primer lugar aparece el cambio en la estructura de poder. Desde los primeros años de la caída de la URSS, Occidente y en un sentido más específico sus organizaciones internacionales, la OTAN y la UE, comenzaron un proceso paulatino pero continuo de expansión hacia las fronteras

rusas, a lo que se sumó la actitud de EE.UU. especialmente después de los atentados del 11 de septiembre hacia posiciones hegemónicas y revisionistas del orden de Naciones Unidas tratando de suplantarlos por el orden liberal. No olvidemos que este es un orden ideológico que en última instancia afecta a la soberanía de los Estados puesto que, además de establecer las reglas del juego internacionales, persigue un modelo de organización interna de estos en torno a ideales capitalistas y democráticos (Sánchez, 2022: 10). Aunque Rusia siempre mantuvo una política de oposición clara a la ampliación de la OTAN, no mostró una especial beligerancia con este cambio tan destacado en la estructura de poder hasta 2014 —exceptuamos la intervención militar en Georgia de 2008 por ser una operación destinada a mantener el *statu quo* (Sánchez, 2020: 175)—. Por ello, como defienden los realistas neoclásicos, los imperativos sistémicos, pese a ser bien entendidos y digeridos, no siempre producen los mismos resultados, incluso en un mismo país.

Para entender el cambio operado en la política rusa hacia Ucrania tenemos que introducir las variables intervinientes. De las cuatro identificadas anteriormente descartaremos, en este primer análisis, el papel de las instituciones domésticas, puesto que sin llegar a ser el *Autócrata de todas las Rusias*, parece claro que Putin ejercía un poder tal que sus decisiones no dependían del “grado en el que debía consultar o respetar los intereses de los principales sectores de su población como militares, la aristocracia o las élites económicas” (Ripsman, *et al.*, 2016) ya que muy desde el principio de su mandato estos quedaron domesticados (Goldman, 2008: 97).

En cambio, una variable muy destacada para entender las actuaciones de Rusia son las percepciones del líder. Existen destacados trabajos sobre la personalidad de Putin (Gessen 2012; Goldman, 2008) e incluso una suerte de autobiografía (Putin *et al.*, 2000) que nos permiten entender elementos fundamentales de su carácter e ideología así como el impacto que tuvo su pertenencia al KGB, la caída de la URSS y su paso por la política de San Petersburgo en las mismas. No obstante, nuestro propósito no es explicar sus decisiones por cuestiones subjetivas de su personalidad, algo que nos llevaría más hacia el constructivismo que al realismo, sino que, tomando como punto de partida algunas de ellas, nos centraremos en el cambio de su percepción y actitud hacia Occidente y el impacto de este proceso en sus decisiones.

Es posible afirmar que Putin, aunque conocido por su tendencia a correr riesgos, su nacionalismo expansionista, nostalgia de la grandeza rusa, sus tendencias autoritarias y dado a entender el mundo en una concepción polarizada entre ellos —Occidente— frente a nosotros ha sufrido un proceso de distanciamiento y de profunda desconfianza hacia Occidente a la vez que ha virado hacia posiciones más nacionalistas y conservadoras (Immelman y Trenzeluk, 2017). Se podría pensar que este viraje se debe a movimientos tendentes a fortalecer su poder en el interior de Rusia. El nacionalismo y la ideología han sido instrumentos usados por muchos líderes para reforzar sus posiciones e incrementar su *poder estatal*, y es más que probable que estos cálculos formen parte de la actuación de Putin para reforzar su régimen (Bukkvoll, 2016). A pesar de ello, existen una serie de cuestiones que han contribuido a producir una profunda desconfianza y recelo de Putin hacia Occidente y sus intenciones, y que explican las actuaciones de Rusia en Ucrania desde 2014.

Estos no son más que una serie de acontecimientos internacionales que han sido entendidos por el líder ruso como imperativos sistémicos que suponen amenazas contra Rusia. En primer lugar aparecen todos aquellos que afectan a su poder en la escena internacional y que estarían relacionados con el desmantelamiento de la arquitectura de seguridad surgida tras la II Guerra Mundial y la Guerra Fría. Los más relevantes han sido las vulneraciones del principio de prohibición de la amenaza o el uso o de la fuerza armada recogido en el artículo 2.4. de la Carta de San Francisco cometidas por EE.UU. y sus aliados occidentales. La primera de ellas contra Serbia en 1999 supuso la apropiación por parte de la OTAN de la función principal del Consejo de Seguridad, dinamitando, de paso, la capacidad de Rusia de usar su derecho de veto, instrumento que representa el respeto de la configuración de poder resultante de la II Guerra Mundial. Pero además, sus consecuencias supusieron una violación de los acuerdos de Helsinki, elemento fundamental de distensión durante la Guerra Fría y la piedra angular de la seguridad europea (Bilandzic, 2015). Esta tendencia no hizo sino aumentar con la llegada del siglo XXI y la aparición de lo que ha venido en denominarse liberalismo ofensivo, esto es la estrategia para garantizar la paz y sobre todo la seguridad internacional llevada a cabo unilateralmente por EE.UU. y sus aliados imponiendo la democracia por todos los medios, incluido el uso de la fuerza armada al margen de las Naciones Unidas si fuese necesario (Miller, 2010; Gilmore, 2014; Cardinale, 2017) y que está detrás de las intervenciones militares de Irak y Siria, aunque también explican los cambios de régimen en Afganistán y Libia. Esta última tuvo un impacto muy destacado sobre la política interna de Rusia y en la percepción de Putin (Tsygankov, 2016).

A pesar de que la abstención de Rusia hizo posible la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el abuso en la interpretación del mandato fue entendido como un ataque directo contra los intereses de Moscú en la región y una rendición ante el expansionismo de Occidente, definido por Putin como los nuevos cruzados, que no hacían más que desestabilizar otro país impulsando de paso movimientos islamistas (Sakwa, 2019: 8). Esto provocó el fin de la política del *reset* con EE.UU. y la pérdida de confianza de Putin en el proyecto más occidentalista de Medvedev (Sánchez, 2020: 178; Abu-Tarbush, y Granados, 2018). Pero además, el final de Gaddafi tuvo un enorme impacto psicológico en Putin que teme sufrir el mismo final (Ghattas, 2022).

Otro elemento destacado en el cambio de percepción de Putin respecto de Occidente y vinculado con el cambio de la arquitectura de seguridad internacional sería la ampliación de la OTAN. Independientemente de que fuesen reales o no las garantías que se le dieron a la URSS sobre la no extensión al este de la organización, lo cierto es que Putin siempre se ha mostrado contrario a ellas, especialmente desde la gran ampliación de 2004, de tal forma que la evolución de la doctrina rusa de política exterior y seguridad cada vez ha tendido a una mayor identificación de esta organización y a los EE.UU. como la principal amenaza contra Rusia (Morales, 2018; Morales 2017b). En segundo lugar, este acercamiento de la OTAN hacia sus fronteras ha coincidido con el desmantelamiento de importantes acuerdos en control de armas. Nos estamos refiriendo principalmente a la retirada de EE.UU. en el año 2001 del Tratado sobre Misiles Antibalísticos para desarrollar su escudo antimisiles que, aunque tenía a Irán como pretexto, supone una alteración radical de la estructura de seguridad europea y una clara amenaza al poder nuclear de Rusia (Sanahuja, 2022: 43). A esta retirada, y como consecuencia a la misma, se sumó la de Rusia en 2002 del Tratado de Reducción de Armas Estratégicas II de 1993 y la suspensión en 2007 de su participación en el Tratado de Fuerzas Armadas Convencionales en Europa de 1990, aunque también es cierto que lo estaba violando desde 2002 (Ciobanu, 2004).

El último imperativo sistémico que explica el cambio de actitud de Putin hacia Occidente es aún más complejo, puesto que aunque en primera instancia podría pensarse que solo afectaría al poder internacional de Rusia, tiene un impacto sobre su soberanía o, mejor dicho, sobre la capacidad de supervivencia del régimen. Este estaría relacionado con el liberalismo ofensivo o el internacionalismo democrático, esto es la capacidad del orden liberal de expandirse y producir cambios en Gobiernos de diferentes países (Sakwa, 2019: 13). En este sentido, destacan las denominadas “revoluciones de colores”, una serie de movilizaciones políticas que consiguieron reemplazar en algunas exrepúblicas soviéticas a dirigentes próximos a Moscú —y amenazar a otros— por otros más favorables a Occidente y, por tanto, partidarios de la integración en la OTAN y la UE. Estas acciones, alentadas y apoyadas por EE.UU. y la UE, fueron vistas como una amenaza directa por parte de Rusia. En primer lugar, estos cambios políticos significaban una merma de la influencia de Rusia en la región en detrimento de Occidente, lo que venía a cuestionar directamente sus aspiraciones de seguir siendo considerada como una gran potencia del sistema internacional y la potencia dominante en el espacio postsoviético (Kramer, 2008). Tras la intervención de Libia en 2011 las “primaveras árabes” van a ser vistas como parte del mismo proceso, y explicarían la intervención militar de Rusia en Siria (Dannreuther, 2019). Estas no solo suponían una amenaza contra los intereses de Rusia. Cuando entre 2011 y 2013 se produjeron manifestaciones en Rusia en contra de los resultados de las elecciones legislativas y la vuelta de Putin a la presidencia de la Federación, fueron percibidas por este más que como una muestra del descontento de la población contra el Gobierno, como un nuevo intento de Occidente de interferir en los asuntos internos de terceros, alentando un cambio de gobierno esta vez en la propia Rusia (Morales, 2017a: 93). Por tanto, percibía que de no intervenir contra esos procesos revolucionarios, dado un posible efecto contagio, su propio régimen corría peligro (Larrabee *et al.* 2015: 3).

En este contexto, el cambio de gobierno y de orientación política de Ucrania en 2014 fue entendido como una amenaza por Putin. En primer lugar, no identificó la crisis con los problemas económicos de corrupción o identitarios que el país arrastraba desde su independencia, sino que lo entendió como un cambio político auspiciado por Occidente con el objetivo de aislar a Rusia. En segundo lugar, podría conllevar una integración de Ucrania en la UE o en la OTAN, lo que en sí mismo planteaba tres escenarios preocupantes. La propia colindancia de dichas organizaciones era una amenaza contra su seguridad e independencia política, ponía en riesgo la continuidad de su principal base marítima en el mar Negro y, además, sin Ucrania, el proyecto de integración económica impulsado por Rusia quedaba herido de muerte.

Hasta ahora hemos podido explicar cómo los imperativos sistémicos habían sido digeridos por Putin como amenazas que afectaban a la supervivencia de Rusia. Las acciones que llevó a cabo en Ucrania pueden ser entendidas plenamente si usamos la tercera de las variables intervinientes: la cultura estratégica que incluiría tanto las creencias, cosmovisiones y expectativas de la sociedad como el comportamiento de las fuerzas armadas como cuerpo burocrático y que explica cómo se perciben los imperativos sistémicos y, lo que es más importante, cómo se adaptan y responden a ellos (Ripsman *et al.*, 2016).

Lo primero que destaca es el cambio operado desde 2012 en la cultura estratégica. Ya hemos comentado cómo la doctrina oficial rusa se había vuelto más beligerante contra Occidente, pero además desde su tercer mandato Putin introdujo importantes cambios en su política interna. Así, se apoyó e impulsó la defensa de los valores tradicionales rusos. Estos son un fuerte nacionalismo, la comunión Estado-Iglesia ortodoxa, un destacado discurso antioccidental y la idea de Rusia como civilización euroasiática, a la vez que se ha producido un retroceso importante en las libertades fundamentales (Matlary y Heier, 2016: 197; Tsygankov, 2015: 13). Estas ideas vuelven sobre una temática tradicional rusa, su excepcionalidad y cierta paranoia recurrente sobre los intentos de contenerla y/o exterminarla provenientes del exterior y que tradicionalmente han impulsado el imperialismo ruso (Galeotti y Bowe, 2014). Como la tercera Roma que afirma ser, hereda de la primera la noción del expansionismo como mecanismo de autodefensa, por lo que la respuesta dada en Ucrania en 2014 responde claramente a esta forma de pensar.

La anexión de Crimea garantizaba la permanencia de la base de Sebastopol y recuperaba un territorio de una importancia estratégica e histórica de gran relevancia para Rusia, mientras que la forma de actuar en el Donbás y la desestabilización de Ucrania impedía su integración en la OTAN o la UE. Aunque se distanciase de la órbita rusa seguía cumpliendo con la función de Estado amortiguador. Esta táctica de desestabilización mediante la creación de un conflicto interno en un país de su antigua órbita, con el objetivo de impedir su independencia política, es una técnica en la que los rusos han demostrado una gran maestría y que han practicado en Nagorno Karabaj, Transnistria y Abjasia-Osetia del Sur entre otros lugares (Sánchez, 2014: 162).

Además, estas acciones —cambio en la cultura estratégica y la actuación en Ucrania— permitían modificar según la conveniencia de los intereses de Putin la última de las variables intervinientes —relaciones entre el Estado y la sociedad—. Esta explica, entre otras cosas, la capacidad para extraer recursos de la sociedad y movilizar el *poder estatal* (Ripsman, *et al.*, 2016). De una parte, la vuelta de los valores tradicionales rusos hacía que la recuperación de Crimea y la contención de Occidente contribuyesen a aliviar la “pérdida” de Ucrania a la vez que catapultaba la popularidad de Putin, muy afectada desde las protestas de 2011 (Bukkvoll, 2016; Cannady, 2014). Con ello se favorecía una mayor cohesión social, lo que le permitía desplegar una política internacional más ambiciosa, como quedó de manifiesto desde 2014 con las intervenciones en Ucrania y Siria y el incremento de la presencia rusa en nuevos lugares como África. Todo ello nos ayuda a entender la actual guerra de Ucrania. De otra, y lo que es más importante, en su relación coste beneficio, esta actuación no suponía una ruptura del *pacto de no participación*, “el modelo de Putin de relación entre Estado y sociedad (...): cada uno se ocupa de sus propios asuntos y no interfiere en el ámbito del otro. (...) Puede que el Kremlin haya monopolizado la toma de decisiones, pero en gran parte no interfiere en la vida de los ciudadanos, permitiéndoles vivir sus propias vidas y buscar la satisfacción de sus propios intereses, siempre y cuando no interfieran en el ámbito del gobierno” (Lipman, 2011).

3.2. Rumores de guerra

El objetivo de este apartado no es el de analizar el complicado periodo de las relaciones entre Rusia y Ucrania desde el año 2014 hasta la actualidad, sino el de explicar según nuestro marco teórico la decisión rusa de invadir Ucrania el 24 de febrero de 2022. Para ello nuevamente nos centraremos en los imperativos sistémicos y en el impacto de las variables intervinientes en la adopción de decisiones.

Partiendo de los cambios estructurales, y a diferencia de lo que había sucedido con anterioridad, en la última década es posible identificar cómo los imperativos sistémicos han sido favorables a los intereses rusos. La práctica totalidad de este cambio a nivel estructural está relacionado con lo que se ha identificado con una crisis del orden liberal. Si en las secciones anteriores hemos vinculado la expansión del orden liberal, sus instituciones y en última instancia su capacidad transformadora internacional como una amenaza contra los intereses rusos, en los últimos años estamos asistiendo a una profunda crisis de este orden como resultado de una merma de su legitimidad y el cambio en la estructura de poder. Identificaremos solo algunas cuestiones derivadas de esta situación relacionadas con nuestro objeto de estudio.

Lo primero que aparece es el desgaste sufrido por EE.UU. como potencia con aspiraciones hegemónicas y principal defensora del orden liberal incluso por procedimientos “ofensivos”. Las guerras y los fracasos en las invasiones de Irak y Afganistán y la progresiva *vietnamización* de dichos conflictos, junto con la reorientación estratégica de EE.UU. hacia el Pacífico y cuestiones internas relacionadas con la crisis económica y la polarización de su sociedad, le restaron capacidad para seguir impulsando dicho proceso. Este cambio se vio acrecentado tras la elección de Donald Trump como presidente en 2016. Su mandato, a pesar de que en un principio estuvo marcado por una simpatía hacia Putin y un acercamiento a Rusia, cambió hacia un curso de colisión principalmente por la intervención en Siria, la ayuda militar estadounidense a Ucrania y una nueva carrera armamentística (Nieto, 2018). En cambio, la Administración Trump supuso un cierto desmantelamiento del orden liberal y sus instituciones como la defensa y potenciación de la OTAN, el libre comercio y la promoción de los derechos humanos que, por otra parte, habían sido tradicionalmente principios fundamentales de la política exterior estadounidense (Rutland, 2017: 41). Todo ello, entre otros motivos, favoreció uno de los mayores distanciamientos entre EE.UU. y sus socios europeos desde el final de la II Guerra Mundial.

Pero las grietas en el bloque occidental no solo estuvieron entre ambos lados del Atlántico. Estas aparecieron también entre los socios europeos; una dinámica que ya venía produciéndose desde la guerra de Irak, la crisis financiera de 2008 y que se acentuó tras la migratoria provocada por el conflicto sirio. Así, la respuesta que los socios de la UE dieron ante las actuaciones de Rusia en Ucrania en 2014 no destacaron por su contundencia, más bien todo lo contrario, como quedó de manifiesto ante los problemas a los que se enfrentaron a la hora de acordar las sanciones contra Rusia —que además para 2016 su economía ya había superado— (Ashford, 2016; Ramirez, 2016). Pero también, durante esos años aparecieron partidos políticos de corte populista en Europa que han manifestado su oposición al proyecto europeo, un destacado antiamericanismo, rechazo a la OTAN y que han visto en el modelo ruso de *democracia soberana* una alternativa atractiva a los problemas derivados de la globalización y la pérdida de soberanía de sus Estados, manifestando muchos de ellos sus simpatías y admiración por Putin, e incluso algunos han llegado al poder, como en el caso de Hungría (Romanova,

2016: 380; Dalibor, *et al.*, 2017: 11; Chryssogeolos, 2010). Esta situación de división y crisis interna, aunque no directamente conectada con las simpatías rusas, no hizo sino acrecentarse con el BREXIT.

Por último, la crisis del orden liberal coincide, como no podía ser de otra forma, con el surgimiento de un bloque iliberal de Estados liderados por Rusia y China, pero al que se han sumado un número destacado de países del denominado *sur global*, contrarios a los valores del orden liberal y a su instrumentalización por parte de Occidente, y que están impulsando un modelo alternativo a este de orden internacional —*internacionalismo soberano*— (Sakwa, 2019).

Esta crisis de Occidente puede haber tenido un importante impacto en el cambio en la percepción de Putin —variable interviniente— sobre la respuesta a la que podría enfrentarse ante una invasión de Ucrania. A la relajación progresiva del sistema internacional ante las violaciones del principio de prohibición del uso de la fuerza se le unía la propia debilidad de la alianza atlántica en su sentido más amplio (Sherr, 2013). Pero además, en estos años, Putin ha consolidado su viraje personal y político hacia posiciones más antioccidentales y nacionalistas e imperialistas, culpando directamente a Occidente de la desmembración de la Rusia histórica (Putin, 2021). La vertiente interna de estas percepciones ha ahondado en el reforzamiento de sus valores, Iglesia ortodoxa, la singularidad de su civilización frente a Occidente —*eurasianismo*— y la tendencia a ver cualquier manifestación de oposición contra su régimen o el de sus aliados como una quinta columna de Occidente contra Rusia, como quedó en evidencia en las manifestaciones de 2021 tras la detención de Navalny (Amarasinghe, 2021; Frye, 2021).

La percepción de debilidad de Occidente y el antagonismo con sus objetivos le ha llevado además a una actuación internacional mucho más asertiva en la que no ha dudado en usar la fuerza armada de forma directa o indirecta para defender los intereses de Rusia en el extranjero, como demuestran las intervenciones militares en Siria, Kazajistán e incluso en Libia (Echeverría, 2020). Podemos suponer que la patética retirada occidental de Kabul en agosto de 2021 solo haría ahondar en estas percepciones.

Por último, otro elemento que, aunque especulativo, nos parece necesario mencionar estaría relacionado con el impacto del aislamiento de Putin como consecuencia de la COVID-19, que parece haberlo vuelto más desconfiado, aislado y desconectado de la realidad (Sanger y Troianovski, 2022, Moore, 2022). Por tanto, la percepción de la realidad internacional de Putin se ve condicionada por una posición más nacionalista, antioccidental, asertiva y alejada de la realidad. Además, en lo que respecta a Ucrania, esta se ha caracterizado por una soberbia y desprecio absoluto por el país, sus líderes y sus fuerzas armadas (Sonne *et al.*, 2022). Como ha quedado de manifiesto después de casi dos años de guerra, estas interpretaciones de claros imperativos sistémicos han resultado un buen ejemplo de *percepción errónea*.

En cuanto a la cultura estratégica rusa se puede apreciar la acentuación del cambio operado desde 2014 y que hacía prácticamente inevitable la invasión de Ucrania. Esto es, el cambio de un paradigma de seguridad material a uno de seguridad ontológica. En él, ya no solo están en juego los intereses de Rusia en un contexto de competición geopolítica, sino que lo que peligra es su propia existencia e identidad (Morales, 2018). Ha continuado el desmantelamiento de la arquitectura de seguridad europea y la vuelta a prácticas de la Guerra Fría. El despliegue del escudo antimisiles en Rumanía y especialmente en Polonia en 2016 y 2022 respectivamente, la retirada de EE.UU. del Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio en 2018 (Sanahuja, 2022: 44) y el despliegue de importantes capacidades de la OTAN en el este de Europa para hacer frente a Rusia han contribuido a este cambio en el paradigma de seguridad ruso y a potenciar la idea de cerco, como queda recogido en su estrategia de seguridad nacional de 2021, donde la OTAN y EE.UU. son su principal amenaza, sin visos de cooperación posible (Russian Federation, 2021).

Pero además, el giro nacionalista e imperialista de la política rusa viene a reconocer su derecho a expandirse, negando de paso la existencia de Ucrania —y de Bielorrusia— (Putin, 2021). El hecho de que la primera fuese un Estado independiente que desde 2014 basculaba más intensamente hacia Occidente en términos políticos y económicos, pero no olvidemos también militares, suponía un atentado contra la identidad y existencia de Rusia. Por último, la intervención en Siria pareció mostrar la culminación exitosa del proceso de reforma y modernización de sus fuerzas armadas iniciado en 2008 tras el pobre desempeño en Georgia, otorgándole además una magnífica oportunidad de probar y mejorar sus capacidades y doctrina de combate.

En lo que respecta a las relaciones Estado-sociedad, se puede apreciar cómo según los datos disponibles en Levada-Center, el discurso antioccidental de Putin parece haber calado en su sociedad, mostrando una actitud muy negativa hacia Occidente en los meses previos a las dos intervenciones en Ucrania en 2014 y 2022. En cambio, y paradójicamente, esta actitud no significaba una aprobación de Putin que desde el año 2011 había visto cómo entraba en una senda descendente hasta alcanzar mínimos históricos —60 puntos— durante los meses previos a la anexión de Crimea. Por el contrario, esta junto con la intervención en Siria provocaron que su popularidad alcanzase máximos históricos en 2015 —89 puntos—. Esta misma dinámica se repitió a partir de 2018 llegando a los 59 puntos en 2020. Pero de nuevo, y a pesar de los reveses militares sufridos, la guerra de Ucrania la ha vuelto a disparar por encima de los 80 puntos, por lo que se puede deducir que el pueblo ruso comparte las ambiciones expansionistas de su líder y que él es consciente del revulsivo que estas acciones tienen sobre su aceptación y lo que ello supone sobre la capacidad de desplegar el *poder estatal*.

Es por ello que si tenemos en cuenta que en la última década la estructura internacional había basculado hacia los intereses rusos, que la percepción de Putin es más antioccidental, ambiciosa, expansionista y posiblemente ajena a la realidad, junto con el cambio operado en el paradigma de seguridad ruso y sus mayores capacidades y con la aceptación que entre los rusos tienen las ambiciones imperiales, la intervención militar en Ucrania podría entenderse como una decisión lógica. Putin había sido convencido de que sería una operación de descabezamiento rápida de Ucrania —presuponiendo que Zelensky haría lo mismo que Yanukóvich— y que en unos pocos días les permitiría recuperar el control sobre el país y reintegrarlo en la órbita rusa tal y como se desprende de los planes operacionales del Ejército ruso.

4. Análisis prospectivo de la guerra de Ucrania y sus implicaciones sistémicas

De la misma forma que el realismo neoclásico ha sido un instrumento útil para entender la actual situación, puede ofrecernos claves sobre su devenir. Así, partiendo de un escenario de guerra prolongada en el que Rusia pueda sufrir, como hasta ahora, derrotas significativas —imperativo sistémico—, sería necesario analizar cómo influyen en sus decisiones las variables intervinientes. La primera de ellas —las percepciones del líder— son poco halagüeñas, pues parece que el hecho de plantear la guerra como una lucha existencial indicaría la voluntad de seguir con ella hasta conseguir si no los objetivos iniciales, sí el control de los territorios formalmente anexionados. Si además pudiese creer que su propia continuidad en el poder estuviese en riesgo, sus decisiones podrían ser mucho más desproporcionadas, como se desprende de sus continuas amenazas nucleares. No hay que olvidar que estas son un *modificador estructural* que en última ratio le permitirían hacer frente a un cambio muy significativo en la estructura de poder en su contra. La cultura estratégica de Rusia podría favorecer las actuaciones identificadas antes, puesto que el país ha demostrado una capacidad de sacrificio y de esfuerzo muy destacada a lo largo de su historia y sí, además, se tiene en cuenta el fin que tuvieron Jrushchov y Gorbachov, se entiende que el fracaso no es una opción muy valorada en las élites rusas.

Por otro lado, sería necesario ver qué sucede con las otras dos variables intervinientes. Así, una guerra prolongada con reveses militares podría romper con el *pacto de no participación* —si no lo ha hecho ya—. El impacto económico de las sanciones, la movilización de ciudadanos para luchar en la guerra y el aumento de las bajas puede cambiar la tendencia de los rusos a no entrometerse en los asuntos del Estado. Tres veces en el siglo XX guerras en el exterior causaron el colapso de Rusia. Pero, como se ha señalado, los ciudadanos rusos tendrían más tendencia a abandonar Rusia que a rebelarse contra el régimen, tal y como ha venido sucediendo (Lipman, 2011). Además, y ahora sí, introducimos el interrogante que podría suponer el papel de las instituciones domésticas. Si hasta ahora lo habíamos descartado como elemento explicativo, el deterioro de la situación militar, económica y social podría favorecer una mayor disidencia, algo que ya hemos visto entre diferentes sectores políticos y económicos —y que quizás explique la incomprensible ola de suicidios entre oligarcas rusos—. Ahora bien, hasta ahora, las principales críticas a la “operación militar especial” provienen de *halcones*, por lo que de influir en las decisiones exteriores, lo harían en el sentido que ya lo han hecho hasta ahora, esto es, favoreciendo la continuidad del conflicto.

Es por ello que desde este análisis se desprende que lo más esperable sea una guerra prolongada en el tiempo donde Putin y Rusia estén dispuestos a hacer importantes sacrificios esperando que sean sus adversarios los que busquen algún tipo de acuerdo. Además, esta conclusión concuerda con las previsiones del realismo neoclásico. Si el entorno estratégico se torna más restrictivo para Rusia —más amenazas y menos oportunidades—, como está sucediendo desde el inicio de la guerra, las variables intervinientes más relevantes en su política serán la percepción del líder y la cultura estratégica (Ripsman *et al.*, 2016), que como hemos señalado apuntan hacia la continuidad de la guerra y su escalada, tal y como muestran las numerosas bajas soportadas por Rusia y la voladura de la presa de Nova Kajovka. Para cambiar esto —quedando descartado un golpe de timón en el Kremlin— y favorecer un acuerdo, habría que intervenir sobre dichas variables para producir un cambio de la percepción y la posición de seguridad de Rusia, lo que implicaría una nueva arquitectura de seguridad en Europa. Esto parece muy improbable puesto que, en última instancia, sería un reconocimiento y premio a la agresión de Rusia.

Por último, también hemos afirmado que el realismo neoclásico en su tipo III pretende explicar los cambios en la estructura internacional a través del impacto de las actuaciones de las grandes potencias en el medio internacional. En este sentido, desde estas líneas sostenemos que la invasión de Ucrania representa el último acto de la caída de la URSS. Independientemente de cómo termine la guerra de Ucrania, parece claro que lo que quede del país pivotará hacia Occidente, mientras que el desempeño del Ejército ruso ha hecho que muchas de las antiguas repúblicas soviéticas o bien se sientan más libres de la influencia rusa o busquen nuevos aliados. Una última demolición de lo que supuso la URSS sería la pérdida de la neutralidad de Suecia y Finlandia y su incorporación a la OTAN.

Pero ¿Y a un nivel superior? ¿Qué impacto tendría la guerra de Ucrania sobre la estructura de poder internacional? Aunque es pronto aún, sí parece claro que en el corto plazo ha supuesto un verdadero espaldarazo para EE.UU. Además de demostrar una certeza absoluta en sus previsiones sobre el comienzo de la guerra, ha probado que es capaz de seguir liderando el bloque occidental y demostrarse como su

única garantía viable de seguridad, mientras que su ayuda militar ha infringido un daño muy considerable al segundo ejército del mundo a distancia, a través de intermediarios y usando solo equipos militares limitados. Además, esta vez sí y por ahora, los europeos han actuado de manera unívoca en contra de la agresión rusa.

En el largo plazo sería necesario ver el papel que adopta China y otros Estados y hasta donde apoyarán a Rusia, así como la robustez de la alianza occidental. Lo que sí parece claro es que la globalización tal y como la conocíamos antes de la COVID-19 parece algo del pasado. El resultado de estos procesos que estamos viendo quizás nos aproxime a un mundo multipolar con dos grandes sistemas de alianzas (Owen, 2021).

5. Conclusiones

El realismo neoclásico demuestra un destacado rendimiento explicativo, siendo especialmente útil para el caso de la política exterior rusa. A medida que ha crecido su poder relativo, sus ambiciones lo han hecho de la misma forma. Pero, para entender las acciones adoptadas y los tiempos es necesario filtrar los imperativos sistémicos por el tamiz de ciertos elementos internos de la política rusa. Gracias a ellos podemos comprender cómo ante imperativos sistémicos similares la actuación de Rusia ha ido modificándose a lo largo del tiempo y nos ayudan a entender la guerra de Ucrania.

Además nos aporta claves interpretativas sólidas para predecir —con todas las cautelas posibles— posibles escenarios futuros no solo en el contexto de la guerra de Ucrania, sino también del impacto que las actuaciones de las principales potencias pueden tener sobre la estructura del sistema internacional. En definitiva, el realismo neoclásico en sus últimas revisiones se muestra como un instrumento de análisis de política exterior y además como una teoría de las relaciones internacionales, contribuyendo con ello de manera destacada al desarrollo de los análisis realistas.

6. Bibliografía

- Abu-Tarbush, J. y J. Granados (2018): “La política exterior de Rusia en Oriente Medio: su intervención en Siria”, *Revista Electrónica de Estudios Internacionales*, 35. Disponible en: <http://www.reei.org/index.php/revista/num35/articulos/politica-exterior-rusia-oriente-medio-su-intervencion-siria> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Amarasinghe, P. (2021): “The depiction of ‘Orthodoxy’ in Post-Soviet Space: How Vladimir Putin uses the Church in his anti-Western campaign?”, *Open Political Science*, 4 (1), pp. 74-82.
- Ashford, E. (2016): “Not-So-Smart Sanctions. The Failure of Western Restrictions, Against Russia”, *Foreign Affairs*, 95 (1), pp. 114-123.
- Bilandzic, V. (2015): “El proceso de gestación del Acta Final de Helsinki: Un testimonio desde Belgrado”, *Comunidad de la Seguridad*, 3 (4). Disponible en: <https://www.osce.org/es/magazine/226506> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Bugajski, J., P. Steven, K. Smith y C. Wallander (2008): *Ukraine. A net assessment of 16 years of independence*, Center for Strategic and International Studies. Disponible en: <https://www.csis.org/analysis/ukraine-net-assessment-16-years-independence> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Bukkvoll, T. (2016): “Why Putin went to war: ideology, interests and decision making in the Russian use of force in Crimea and Donbas”, *Contemporary Politics*, 22 (3), pp. 267-282.
- Cannady, S. y P. Kubicek (2014): “Nationalism and Legitimation for Authoritarianism: A Comparison of Nicholas I and Putin”, *Journal of Eurasian Studies* 1 (5), pp. 1-9.
- Cardinale, M. (2017): “Seguridad Internacional y derechos humanos: una reflexión a partir de los aportes del cosmopolitismo crítico y el liberalismo ofensivo”, *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, 3 (1), pp. 127-148. <http://dx.doi.org/10.18847/1.5.7>.
- Charap, S. y K. Darden (2014): “Russia and Ukraine”, *Survival*, 56 (2), pp. 7-14.
- Chrysogelos, A. (2010): “Undermining the west from within: European populists, the US and Russia”, *European View*, 9 (2), pp. 267-277.
- CIA (2022): *The world factbook. Ukraine*. Disponible en: <https://www.cia.gov/the-world-factbook/countries/ukraine/> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Ciobanu, C. (2004): *NATO/EU enlargement: Moldova and the “frozen and forgotten” Conflicts in Post-Soviet States*, Washington DC, U.S. Institute of Peace. Disponible en: <http://www.ipp.md/public/biblioteca/74/en/ReportJuly25,revised.doc> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Dalibor, R., E. Zgut y L. Györi (2017): *Populism in Europe and Its Russian Love Affair*, American Enterprise Institute. Disponible en: <https://www.aei.org/wp-content/uploads/2017/01/Populism-in-Europe-and-Its-Russian-Love-Affair.pdf> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Dannreuther, R. (2019): “Understanding Russia’s return to the Middle East”, *International Politics*, 56 (6), pp. 726-742.
- Echeverría, C. (2020): “Libia: Una guerra interminable”, *Revista general de marina*, 278 (5), pp. 909-918.
- Frye, T. (2021): “Russia’s weak strongman: the perilous bargains that keep Putin in power”, *Foreign Affairs*, 100 (3), pp. 116-127.
- Galeotti, M. y A. Bowen (2014): “Putin’s Empire of the Mind”, *Foreign Policy*, Disponible en: <http://foreignpolicy.com/2014/04/21/putins-empire-of-the-mind/> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Gessen, M. (2012): *El hombre sin rostro. El sorprendente ascenso de Vladimir Putin*, Madrid, Debate.

- Ghattas, K. (2022): “What a Decade-Old Conflict Tells Us About Putin One can trace a straight line from the overthrow of Libya’s dictator Muammar Gaddafi to today’s devastating war in Ukraine”, *The Atlantic*. Disponible en: <https://www.theatlantic.com/international/archive/2022/03/libya-russia-ukraine-putin/626571/> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Gideon, R. (1998): “Neoclassical Realism and Theories of Foreign Policy”, *World Politics*, 51 (1), pp. 144–172.
- Gilmore, J. (2014): “Protecting the Other: Considering the process and practice of cosmopolitanism”, *European Journal of International Relations*, 20 (3), pp.694-719.
- Goldman, M. (2008): *Petrostate. Putin, power, and the new Russia*, New York, Oxford University Press.
- Götz, E. (2021): “Neoclassical Realist Theories, Intervening Variables, and Paradigmatic Boundaries”, *Foreign Policy Analysis*, 17 (2), pp. 1-13.
- Immelman, A. y J. Trenzeluk (2017): “The political personality of Russian Federation president Vladimir Putin” (*Working Paper No. 1.4*), Colleville and St. Joseph, MN: St. John’s University and the College of St. Benedict, Unit for the Study of Personality in Politics. Disponible en: https://digitalcommons.csbsju.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1106&context=psychology_pubs [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Katchanovsk, I. (2006): “Regional Political Divisions in Ukraine in 1991–2006”, *Nationalities Papers*, 34 (5), pp. 507-532.
- Kitchen, N. (2010): “Systemic pressures and domestic ideas: a neoclassical realist model of grand strategy formation”, *Review of international studies*, 36 (1), pp. 117-143.
- Kramer, M. (2008): “Russian policy toward the Commonwealth of Independent States. Recent Trends and future prospects”, *Problems of Post-Communism*, 55 (6), pp. 3–19.
- Larrabee, F., S. Wilson y J. Gordon (2015): *The Ukrainian Crisis and European Security*, Santa Monica, RAND Corporation. Disponible en: https://www.rand.org/pubs/research_reports/RR903.html [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Lipman, M. (2011): “Russia’s No-Participation Pact”, *PROJECT SYNDICATE* Carnegie Endowment for International Peace. Disponible en: <https://carnegiemoscow.org/2011/03/30/russia-s-no-participation-pact-pub-43366> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Lobell, S., M. Ripsman y J. Taliaferro (2009): *Neoclassical realism, the state, and foreign policy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Matlary, J. y T. Heier (eds.) (2016): *Ukraine and Beyond. Russia’s Strategic Security Challenge to Europe*, Palgrave Macmillan. Disponible en: <https://link.springer.com/book/10.1007/978-3-319-32530-9> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Mearsheimer, J. (2001): *The Tragedy of Great Power Politics*, New York, W. W. Norton.
- Mearsheimer, J. (2014): “Why the Ukraine crisis is the west’s fault. The liberal delusions that provoked Putin”, *Foreign Affairs*, 93 (5), pp. 77-89.
- Mearsheimer, J. (2019): “Bound to Fail: The Rise and Fall of the Liberal International Order”, *International Security*, 43 (4), 2019, pp. 7–50.
- Meibauer, G. (2020): “Interests, ideas, and the study of state behaviour in neoclassical realism”, *Review of International Studies*, 46 (1), pp. 20-36.
- Mijares, V. (2015): “Realismo neoclásico: ¿El retorno de los estudios internacionales a la ciencia política?”, *Revista de ciencia política (Santiago)*, 35 (3), pp. 581-603.
- Miller, B. (2010): “Democracy promotion: Offensive liberalism versus the rest (of IR theory)”, *Millennium* 38 (3), pp. 561–591.
- Moore, J. (2022): “Macron believes that “Putin’s isolation during Covid-19” is a cause of the war in Ukraine”, *UK Daily News*. Disponible en: <https://ukdaily.news/macron-believes-that-putins-isolation-during-covid-19-is-a-cause-of-the-war-in-ukraine-104966.html> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Morales, J. (2017a): “La doctrina estratégica de Rusia en las presidencias de Putin y Medvedev”, en López, J. y J. Morales, *La Política Exterior de Rusia: Los Conflictos Congelados y La Construcción de Un Orden Internacional Multipolar*, 1st ed., pp. 33–60. Madrid, Dykinson, S.L.
- Morales, J. (2017b): “Relaciones de Rusia con otras potencias en un mundo multipolar: Estados Unidos, Unión Europea y China”, en López, J. y J. Morales, *La Política Exterior de Rusia: Los Conflictos Congelados y La Construcción de Un Orden Internacional Multipolar*, 1st ed., pp. 75-104. Madrid, Dykinson, S.L.
- Morales, J. (2018): “Seguridad ontológica y percepciones de amenaza: Rusia ante la ampliación de la OTAN”, *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, 4 (2), pp. 1-15.
- Morales, J. (2019): “Las relaciones internacionales en Rusia: desarrollo, enfoques y debates”, *Revista Española de Derecho Internacional*, 71 (1), pp. 139-162.
- Moure, L. (2015): “El realismo en la teoría de las relaciones internacionales: génesis evolución y aportaciones actuales”, en Del Arenal, C. y J. A. Sanahuja, *Teorías de las Relaciones Internacionales*, pp. 269-299, Madrid, Tecnos.
- Nalbandov, R. (2016): *Not by Bread Alone: Russian Foreign Policy under Putin*, Lincoln, Nebraska, University of Nebraska, Potomac Books.
- Narizny, K. (2017). “On Systemic Paradigms and Domestic Politics: A Critique of the Newest Realism”, *International Security*, 42 (2), pp. 155–190.
- Nieto, M. (2018): “Las relaciones Estados Unidos-Rusia en la era Trump”, *UNISCI Discussion Papers*, 48, pp. 91-128.
- Owen, J. (2021): “Two emerging international orders? China and the United States”, *International Affairs*, 97 (5), pp. 1415–1431.
- Pirani, S. (2007): *Ukraine’s gas sector, OIES Paper*, Oxford Institute for Energy Studies. Disponible en: https://ora.ox.ac.uk/objects/uuid:e8fbffac-5a9f-4090-918d-06511fd67913/download_file?file_format=application%2Fpdf&safe_filename=Ukraine%27s%2Bgas%2Bsector.pdf&type_of_work=Working+paper [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Putin, V., N. Gevorkyan, K. Timakova y A. Kolesnikov, (2000): *First Person: An Astonishingly Frank Self-Portrait by Russia’s President Vladimir Putin*, New York, PublicAffairs.
- Putin, V. (2005): *Annual Address to the Federal Assembly of the Russian Federation*. Disponible en: <http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/22931> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Putin, V. (2021): *On the Historical Unity of Russians and Ukrainians*, Disponible en: <http://en.kremlin.ru/events/president/news/66181> [Consulta: 20 de octubre de 2022].

- Ramirez, R. (2016): “IMF Staff Concludes Visit to Russian Federation”, *International Monetary Fund Press Release*, 16 (529). Disponible en: <https://www.imf.org/en/News/Articles/2017/11/17/pr17448-imf-staff-concludes-visit-to-russia> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Remiro, A. (2018): “Derecho y poder en el destino de Crimea”, *Anuario Español de Derecho Internacional*, 34, pp. 231-243.
- Ripsman, M., J. Taliaferro, y E. Lobell, (2016): *Neoclassical Realist Theory of International Politics*, New York, online edn, Oxford Academic. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199899234.001.0001>.
- Ripsman, N. (2017): “Neoclassical Realism”, *Oxford Research Encyclopedia of International Studies*. Disponible en: <https://oxfordre.com/internationalstudies/view/10.1093/acrefore/9780190846626.001.0001/acrefore-9780190846626-e-36> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Romanova, T. y E. Pavlova (2012): “Towards Neoclassical Realist Thinking in Russia?” en Toje, A. y B. Kunz, (eds.), *Neo-Classical Realism in European Politics: Bringing Power Back In*, pp., 234-254 Manchester, Manchester University Press.
- Romanova, T. (2016): “Russian Challenge to the EU’s Normative Power: Change and Continuity”, *Europe-Asia Studies*, 68 (3), pp. 371-390.
- Russian Federation (2021): *On the National Security Strategy of the Russian Federation*, Disponible en: https://paulofilho.net.br/wp-content/uploads/2021/10/National_Security_Strategy_of_the_Russia.pdf [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Rutland, P. (2017): “Trump, Putin, and the Future of US-Russian Relations”, *Slavic Review*, 76 (S1), pp. S41-S56.
- Rywwin, M. (2003): “Russia and the near abroad under Putin”, *American Foreign Policy Interests*, 25, 2003, pp. 3-12.
- Sakwa, R. (2019): “The International System and Models of Global Order”, *Russia in Global Affairs*, 17 (3) pp. 8-31.
- Sanahuja, J. A. (2022): “Guerras del interregno: la invasión rusa de Ucrania y el cambio de época europeo y global”, en Mesa, M. (cord.) *Anuario CEIPAZ. Cambio de época y coyuntura crítica en la sociedad global*, pp. 41-71, Madrid, Fundación Cultura de Paz, Ciudad Universitaria Cantoblanco.
- Sánchez A. (2014): *Rusia, el poder y la energía*, Madrid, Plaza y Valdés.
- Sánchez A. (2020): “La política exterior rusa y su relación con Occidente. Una visión desde el realismo neoclásico”, *Revista Española de Derecho Internacional*, 72 (1), pp. 163–186.
- Sánchez A. (2022): “El orden liberal ante el equilibrio de poder y la redefinición de la legitimidad”, *Revista Electrónica de Estudios Internacionales*, 43. Disponible en: <http://www.reei.org/index.php/revista/num43/notas/orden-liberal-ante-equilibrio-poder-redefinicion-legitimidad> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Sanger, D. y A. Troianovski (2022): U.S. intelligence weighs Putin’s two years of extreme pandemic isolation as a factor in his wartime mind-set. *The Washington Post*, Disponible en: <https://www.nytimes.com/2022/03/05/world/putin-pandemic-mindset.html> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Sherr, J. (2013): *Hard Diplomacy and Soft Coercion Russia’s Influence Abroad*, Washington, Brookings Institution Press.
- Smith, N. (2018): “Can Neoclassical Realism Become a Genuine Theory of International Relations?”, *The Journal of Politics*, 80, pp. 742-749.
- Smith, N. y G. Dawson (2022): “Mearsheimer, Realism, and the Ukraine War”, *Analyse & Kritik*, 44, (2), 2022, pp. 175-200.
- Sonne, P., E. Nakashima, S. Harris y J. Hudson (2022): “Hubris and isolation led Vladimir Putin to misjudge Ukraine”, *The Washington Post*, Disponible en: <https://www.washingtonpost.com/national-security/2022/04/11/putin-misjudged-ukraine-hubris-isolation/> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Taliaferro, J. (2006) “Neoclassical realism and the resource extraction: State building for future war”, en Lobell, S., M. Ripsman, y J. Taliaferro, J. *Neoclassical realism, the state, and foreign policy*, pp. 194-226. Cambridge, Cambridge University Press.
- Taras K. (2010): “The Russian factor in Ukraine’s 2010 presidential elections”, *Eurasia Daily Monitor*, 7 (9), Disponible en: <https://jamestown.org/program/the-russian-factor-in-ukraines-2010-presidential-elections/> [Consulta: 20 de octubre de 2022].
- Tsygankov, A. (2015): “Vladimir Putin’s last stand: the sources of Russia’s Ukraine policy”, *Post-Soviet Affairs*, 31 (4), pp. 279–303.
- Tsygankov, A. (2016): “Foreign Policy and relations with the United States”, en Wegren, S. (ed.), *Putin’s Russia. Past imperfect, future uncertain*, sixth edition, pp. 233-256, Lanham, Maryland, Rowman & Littlefield,
- Walt, S. (2002): “The Enduring Relevance of the Realist Tradition”, en Katznelson, I. y H. Milner (eds.), *Political Science: State of the Discipline*, pp. 197–230, New York, Norton.
- Waltz, S. (1979): *Theory of International Politics*, New York, McGraw-Hill.
- Waltz, K. (1996): “International Politics is not Foreign Policy”, *Security Studies*, 6 (1), pp. 54–57.
- Zakaria, F. (2012): *De la riqueza al poder: los orígenes del liderazgo mundial de Estados Unidos*, Barcelona, Gedisa.

